

## PRÓLOGO

Cecily Finn tiene noventa y siete años y medio. Su pelo es tan espeso y brillante que parece una clara de huevo a punto de nieve, y sus ojos oscuros son como los de un búho, no se inmutan por nada. Dice que lo único que quiere es morirse, porque el aburrimiento y el pastel de pescado que les dan para comer son peores que la muerte, pero la anciana ha soportado cosas mucho peores que el abadejo demasiado cocido.

Kate Parker ha ido a visitarla a la Residencia Lauderdale para damas excepcionales durante semanas, y Cecily ha compartido con ella un montón de historias de un pasado lejano, de amor y rebelión, de triunfos y viajes. Al principio, a Kate le interesaban los adornos, los vestidos, los recuerdos distorsionados por el tiempo; pero ya no es así. La mente y la lengua de la anciana le resultan ahora tan irritantes como la sal en las heridas.

A veces Cecily se apropia de citas de Shakespeare. Habla con metáforas difíciles de entender. Para ella no hay nada perfecto, siempre considera que las galletas deberían haber quedado más crujientes, y, en general, que todo tendría que estar mejor. No tiene filtro, y si hay que elegir entre amargo y dulce, siempre elige lo amargo. Sin embargo, Cecily le ha proporcionado varias lecciones valiosas, entre ellas, las recetas precisas para conseguir lo que más anhelaba en el mundo.

Kate cumple hoy cuarenta años. Anoche les preparó una cena a sus amigos que estaba deliciosa, y se lo pasaron fenomenal. Esta noche lo va a celebrar con Nick, el encantador y guapo Nick... que la va a llevar a un restaurante magnífico. Y si hay algo en lo que Kate está de acuerdo con Cecily es en que la buena comida importa, y mucho. Kate tiene pensado irse a vivir con Nick dentro de unas semanas, y ya lo han puesto todo en marcha. Pero las dudas que Cecily ha sembrado en su mente destacan como granos de pimienta negra sobre un impoluto mantel

blanco. Sabe que ser mayor no significa tener siempre razón en todo, que hay muchas maneras de encontrar la felicidad en este mundo, de vencer la soledad, de vivir bien...

Entonces, ¿por qué siente, mientras está de pie frente a la puerta de Cecily, que a pesar de todo, la anciana es la única persona que puede ayudarla a aliviar ese dolor que parece haberse alojado en el fondo de su estómago? ¿Que si no habla con ella *ipso facto* podría acabar mal de la cabeza?

Respira hondo y llama a la puerta, esperando que la arrogante y familiar voz de la mujer la invite a entrar.

—Adelante...



# *Primera Parte*

«EL HAMBRE NUNCA ES DELICADA».

SAMUEL JOHNSON





## CAPÍTULO UNO

*Cinco meses antes...*

Kate Parker tiene hambre. Está sentada en una tumbona del jardín de la pequeña parcela que Nick Sullivan posee al norte de Londres, y lo mira con satisfacción por encima del hombro mientras él está de pie junto a la barbacoa. El olor de la carne a la parrilla le hace la boca agua, pero no quiere meterle prisa. Ese hombre hace las cosas a su ritmo.

La cena de esa noche, por ejemplo, le ha llevado cuarenta minutos, pero en realidad, podría decirse que ha tardado un año entero en elaborarla. Nick se embarcó en el «proyecto hamburguesa» el pasado mes de julio. Es ingeniero de bases de datos —algo que ella todavía no sabe lo que significa—, y ha aplicado su rigor intelectual y su incesante entusiasmo a perfeccionar cada elemento de la clásica hamburguesa americana. Kate nunca ha visto una expresión de felicidad mayor que la que puso él la noche que logró dominar «el orden de las siete capas».

Siempre comía solo antes de que empezaran a salir —hace ya dieciocho meses—, y era aficionado a las comida para llevar y a un extraño sándwich de salchicha casera. A Kate le daba pena pensar en lo solo que se debía de haber sentido y en las oportunidades culinarias que había perdido. Se ofreció a enseñarle algunas de sus recetas favoritas, él aceptó, y durante los últimos dieciocho meses, Nick había ido emergiendo de su caparazón culinario, por así decirlo; al principio fue muy despacio, pero poco a poco ganó más confianza en sí mismo. Es posible que ella no sea la mejor cocinera del mundo, pero su madre, Rita, cocinaba tan mal que tuvo que aprender a proteger su estómago desde muy pequeña.

Le encanta cocinar con Nick, y la ha llenado de orgullo verlo progresar. Normalmente es ella quien elige la receta; él, la música, y los dos suelen acordar previamente lo que van a cocinar...,

y cuanta más mantequilla le echen, mejor. Tienen estilos compatibles; él es trabajador y paciente, y puede cortar una docena de cebollas sin quejarse lo más mínimo porque le lloren los ojos o porque le huelan los dedos; ella es más caótica, aunque puede hacer malabarismos y realizar muchas tareas a la vez. Y, a pesar de que Nick es más inteligente, ella siempre va dos pasos por delante y nunca se le quema nada.

Hace una preciosa tarde de verano. Kate saborea ese momento de pura felicidad en el que la cálida brisa flota en el aire con olor a jazmín y en el cielo se empieza a desvanecer el color azul. Cierra los ojos y piensa en el futuro. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez en la que se sintió tan relajada en una relación como para pensar en el futuro. A la mañana siguiente, Nick se levantará temprano y saldrá a comprar los ingredientes para los burritos del desayuno. Cocinarán juntos, saldrán a pasear y, por la tarde, si el tiempo lo permite, se sentarán en ese mismo lugar, donde Kate devorará una novela y Nick se sumergirá en uno de sus libros de códigos incomprensibles. La vida que llevan no es lujosa, pero está llena de instantes gratificantes de valor incalculable: limonada en vasos refrigerados en el congelador para poder beberla casi helada, comida de táper, sándwiches de beicon, lechuga y tomate para los miércoles por la noche de lluvia, y juegos de naipes.

Cuando abre los ojos, Nick la está mirando con una expresión que dice: «¡Pásame la mostaza, ya!», por lo que ella se acerca con una sonrisa y le entrega la mostaza francesa como si le pasara un bisturí a un cirujano, observando con interés cómo él dibuja el toque final: unas líneas amarillas paralelas sobre la carne.

Esta hamburguesa le ha llevado su tiempo, pero ha valido la pena esperar. Ciento setenta gramos de carne picada, coronada con beicon y un cuadrado perfecto de *cheddar* picante derretido; delicados círculos concéntricos de cebolla roja; tomate, lechuga y una salsa mágica que consiste en una mezcla de tabasco, mayonesa y ketchup, para agregar calor, cremosidad y sabor

al plato. Y, por supuesto, el pan. Se han pasado más tiempo buscándolo que algunas parejas eligiendo un coche. En su momento, Nick le había preguntado si los panes para hamburguesa que vendían en Fletchers —la cadena de supermercados en la que ella trabaja— eran buenos y a Kate casi le dio un ataque de risa. Los panes de Fletchers son baratos, y aunque en la parte de atrás del paquete pone: «Al estilo *brioche*», lo cierto es no saben a nada y parecen de papel. Después de muchas pruebas ensayo-error, habían encontrado el pan perfecto en una panadería cerca del apartamento de Kate, en Kilburn. El ingrediente final de la hamburguesa era pepinillo en vinagre, para darle un toque más crujiente.

Ella no es una mujer religiosa, pero mirar su plato le hace querer dar las gracias al universo: «Gracias, Dios, por este hombre, que tiene un piso precioso —con un baño bastante limpio— y que me ha devuelto la fe en que aún quedan hombres amables, inteligentes y decentes en Londres, después de los últimos años de mi treintena pasando hambre en las citas. Gracias por un hombre que pone tanto esfuerzo en prepararme la cena y en hacerme feliz».

Cuando Kate coge la hamburguesa —«¡Oh, qué pasada!»—, la agarra como si no hubiese un mañana. Y cuando empieza a comérsela, no puede parar, porque vacilar o mostrar miedo haría que se desparramase por los lados. Observa que Nick la mira con una ternura que le hace imposible no adorarlo. No solo le prepara espaguetis con albóndigas cuando está de bajón, sino que además hace que se sienta libre de comérselos como le dé la gana y ponerse perdida, sin miedo a ser juzada o a que la tache de poco femenina, pues él disfruta de su apetito casi tanto como ella.

Cuando Nick da los últimos mordiscos y ya no puede más, ella se le acerca para limpiarle una pequeña mancha de mostaza de la barbilla. Él tiene una cara muy dulce, es guapo y su nariz de botón le hace parecer más joven. Su pelo castaño y rizado empieza a clarear, pero el corte le sienta bien. Lleva una vieja camiseta

azul de Atari que hace que sus ojos parezcan aún más verdes, y, cuando se miran, siempre le ofrece su sonrisa, sin importar en qué estado de ánimo se encuentre. Kate se ha quedado impresionada por la manera en la que ha superado estos últimos tres meses en el paro; su optimismo le resulta extraordinario.

—No falta mucho para que nos vayamos a Francia —dice ella cuando se levanta para recoger los platos.

—Lo estoy deseando, no hago más que pensar en *baguettes* —replica Nick, con los ojos brillantes—. ¿Estás segura de que Kavita no quiere que le paguemos nada por dejarnos usar su casa de vacaciones?

—Casi le da un ataque cuando se lo sugerí. —No le ha dicho a Nick que le ha comprado a Kavita una caja de buen vino como agradecimiento. Se ofrecería a pagar la mitad a pesar de estar mal de dinero, y la idea de avergonzarlo cuando siempre es tan generoso sería imperdonable.

—Ha sido una cena perfecta —comenta Kate, mientras lavan los platos en el fregadero—. Todos los condimentos quedaban perfectos con las hamburguesas.

—«Burger accoutrements...», ¿lo apunto en nuestra lista de nombres? —Una de las bromas favoritas de Nick es anotar nombres ridículos para sus futuros hijos.

—¿Burger Accoutrements Parker-Sullivan? Vale, pero tendrás que ir tú a recogerlo al colegio cuando los otros niños le peguen.

—Si tenemos gemelos, por favor, ¿podemos llamar al otro «Cheddar Addict»?

—No sé yo si una adicción al queso *cheddar* es lo que me gustaría para nuestro primogénito —responde ella entre risas estudiando sus Levi's y la camiseta que oculta esa barriguita de amante de las hamburguesas de cuarenta y cuatro años. De repente, la asalta un repentino latido de amor tan intenso que le duele el corazón.

Él atrapa su mirada, se la devuelve con una sonrisa y, de re-

pente, parece cohibido. Se queda quieto un segundo, pero luego le coge la espátula que ella está lavando.

—Tienes una más ancha en tu casa, ¿verdad?

—Sí —replica ella intentando recuperarla mientras él la lleva un poco más atrás para que no la alcance.

—Tienes que traerla, para la barbacoa.

—Te compraré una en John Lewis dentro de una semana.

—Kate... —Entonces Nick agarra la espátula mientras se da la vuelta para mirarla—. Creo que lo que hace falta es que traigas todos tus utensilios de cocina.

—¿Todos?

Él asiente con decisión.

—¿Por qué?

—Y tu ropa y tus zapatos también. —Le coloca con suavidad un mechón de pelo suelto detrás de la oreja antes de continuar—. Y tus trescientos libros de cocina y siete millones de novelas.

—Son doscientas como mucho —replica ella mientras lucha por contener el estallido de alegría que siente en el pecho.

—Y una cosa más, algo muy importante que no venden en John Lewis.

—¿El qué?

—Me refiero a ti, Kate, eres tú —le suelta con la sonrisa más grande del mundo.

«Gracias, Universo, gracias». Por fin un hombre al que quiere, que también la quiere a ella. Ha merecido la pena esperar.

La noche siguiente, Kate se estira en la cama, pero esta vez, la sensación de tristeza que suele invadirla los domingos por la noche ha dejado paso a la emoción. Faltan dos semanas para que se vaya con Nick a Francia, y el fin de semana después de que regresen, se van a ir a vivir juntos.

La ponía nerviosa tener que darle la noticia a su compañera de piso, pero pensar en que no iba a tener que limpiar nunca más las salpicaduras de grasa del pescado de Melanie le propor-

cionó el coraje suficiente para hacerlo. Nick tiene sus defectos, pero un montón de aceite de oliva pasivo agresivo esparcido por todas partes no es uno de ellos.

Sin embargo, Melanie ha sido muy comprensiva, e incluso le ha sugerido que empezara a hacer la mudanza antes de irse a Francia. Su conversación ha ido mucho mejor de lo que Kate se esperaba.

Siempre pasa, las cosas que más te preocupan son las que al final salen mejor.

Y viceversa.

## CAPÍTULO DOS

Kate se abrocha el cinturón de seguridad y mira a Nick, que ya está absorto haciendo un Listener —un crucigrama críptico tan difícil que hace que a ella le duela el cerebro—. Todas las semanas, Nick se queda abstraído con alguno durante horas, con unas patatas fritas a mano; está obsesionado con ellos hasta tal punto que ella cree que si alguna vez deja salir su lado pervertido, la hará disfrazarse de rompecabezas difícil.

—Ya he resuelto cuatro —le dice mientras se lo enseña orgulloso.

Ella mira el crucigrama y niega con la cabeza, preguntándose cómo es posible que esa palabra encaje con esa definición.

Se recuesta en el asiento y cierra los ojos; está cansada porque le ha sonado la alarma del despertador a las tres de la madrugada, pero también se siente emocionada. Estas serán sus primeras vacaciones juntos y, si es sincera consigo misma —que a veces no lo es—, le hubiera gustado haber ido antes de viaje con él. Existen importantes razones para que haya tardado dieciocho meses en meter a Nick en este avión. Para empezar, hasta que perdió su empleo en abril, era un adicto al trabajo, incluso iba a la oficina los fines de semana, lo que a Kate no le gustaba nada. Más tarde, andaba mal de dinero, y ahora, por fin, parece que poco a poco se está empezando a mover. Kate ha analizado mucho todas estas cosas, y Rita, su madre, la ha ayudado también a plantearse la situación. Los hijos de padres disfuncionales necesitan sentir que tienen el control. Aunque la verdad, ¿quién no?

Nick se adentró en la relación con tanta cautela, que al cabo de un mes Kate pensaba que tal vez era el típico tío con fobia al compromiso, así que le preguntó sin rodeos qué era lo que quería. Él le explicó que no se le daban bien las relaciones; solo había tenido una muy breve cuando tenía veinte años y otra con treinta, que tampoco salió bien. Todo esto hizo que dentro de la

cabeza de Kate ondeara una pequeña bandera roja, y por eso le ofreció una salida antes de que alguien —es decir, ella— saliera herido. La miró durante tanto rato que consiguió que se ruborizara, y luego la abrazó con fuerza.

—Quiero esto —le dijo—. Te quiero a ti.

A partir de ese momento se lanzaron a por ello, aunque a un ritmo moderado. Empezaron por quedar para tomar algo, luego fue una comida, y así un poco más cada día. En los últimos meses ella había sentido que cada vez estaban más cerca el uno del otro. Aun así, y desde el momento en que la oferta de vivir juntos estuvo sobre la mesa, Kate empezó a sentir una necesidad apremiante de llevar a casa de Nick algo importante y que pesara mucho, como medida de precaución; así que había dejado allí un par de cajas de libros de cocina y su ejemplar en tapa dura de *El jilguero*.

Bailey, su mejor amiga desde que tenían cuatro años, la había ayudado a trasladar las cosas el sábado, cuando Nick estaba de excursión. Kate a veces se pregunta si el pelo determina la manera de ser de las personas. ¿Sería tan tranquila y amable como Bailey si hubiera nacido con aquellos perfectos mechones rubios? Lo cierto es que Bailey no lo ha tenido fácil. Tom, su ex, le fue infiel y la abandonó cuando sus hijas eran pequeñas porque decía que su deber era explorar su deseo con cualquier mujer que estuviera dispuesta a arriesgarse con él. Sin embargo, las muchas noches que Kate había estado aconsejando a Bailey a lo largo de su divorcio, fue a ella a la que hubo que convencer de que no era necesario asesinar a Tom. A veces son los amigos los que acaban sintiendo todo aquello que es demasiado desagradable para que lo sintamos nosotros mismos.

Kate abre los ojos de nuevo, mientras Nick se vuelve hacia ella con una sonrisa radiante.

—La catorce horizontal es «contiguo» —dice, sujetando el papel como si fuera un billete de lotería premiado.

Ella sonrío y se inclina para despeinarlo cariñosamente, pero,

en ese momento, el avión pega una tremenda sacudida y en lugar de tocarle el pelo le agarra la mano. Él le aprieta los dedos con suavidad mientras Kate empieza a imaginárselos así de viejecitos, cogidos de las manos, con la piel arrugada y marcada por el paso del tiempo. La vejez será más llevadera con Nick a su lado.

El mes pasado fueron a la boda de un amigo. Nick bebió demasiado y en el taxi de camino a casa le confesó que quería que tuvieran tres hijos. Le acarició la barriga con ternura y luego apoyó la cabeza en su regazo.

—Lo único que vas a oír ahí dentro es la tarta de la boda —se burló ella mientras trataba de no pensar en la fecha de caducidad de sus ovarios.

—Ya sé que estoy borracho, Kate Parker, pero adoro cada parte de ti, de verdad.

El sentimiento era totalmente mutuo.

Cuando llegan a Saint Marcel, un pequeño pueblo a diez minutos de otro un poco más grande, el sol parece arder en el cielo azul profundo. Se detienen para comprar provisiones, atraídos por el aroma dulce y mantecoso a *brioche* recién horneado que sale de una tienda. Allí se entretienen probando quesos curados, salamis y aceitunas con muy buena pinta, y salen cargados de bolsas llenas de botes y botellas, hierbas frescas y melocotones maduros.

Se dirigen a la casa de Kavita, una pequeña granja de dos habitaciones con una terraza grande y, lo mejor de todo, una piscina helada. Nick se pone el bañador y se tira al agua mientras Kate lleva la maleta al dormitorio principal para buscar su bikini de H&M lo más rápidamente posible. Nunca se ha gastado el dinero en trajes de baño caros, ¿para qué habría de molestarse? Ninguna obra de ingeniería textil, ningún talle alto, podría ocultar el hecho de que tiene un cuerpo femenino normal; con un culo grande, celulitis y una relación con la gravedad totalmente

acorde con su edad. Gracias a Dios nunca más tendrá que estar desnuda por primera vez delante de otro hombre.

Se mira otra vez en el espejo; sentirse insegura es lo típico a su edad. Además, no hay mucho que pueda hacer en los próximos dos minutos ante el hecho de tener tres kilos de más, y además, como siempre dice Rita, hay que concentrarse en lo positivo... si lo encuentras. Sabe que tiene un pelo bonito, castaño con mechchas color caramelo, que lleva en media melena, un poco ondulada, hasta los hombros. Cuando se quita las gafas de sol, sus ojos son su mejor atributo: entre verdes y grises, de forma almendrada, y posee una mirada inquisitiva que ha heredado de su padre. Se despereza un poco, coge el pareo y se lo enrosca alrededor.

Cuando sale al exterior, Nick está sentado a la sombra, con el crucigrama en la mano.

—Métete en el agua, nena, está increíble.

Y es cierto. Aunque sumergirse corta un poco la respiración, uno se acostumbra enseguida. Hace unos cuantos largos, y cuando sale se acomoda en la tumbona, al lado de Nick, con la nueva novela de Anne Tyler, dejando que su cuerpo se hunda en el asiento a medida que el sol le calienta las extremidades.

Al terminar el día, cenan en la terraza una ensalada de atún, judías verdes y unos cuantos tomates maduros acompañada de una *baguette* fresca y crujiente untada con una estupenda mantequilla francesa y regada con una botella de vino rosado frío, mientras disfrutan de los últimos rayos de sol. Cuando Nick la mira con una sonrisa llena de alegría, ella extiende un dedo para peinarle su rebelde ceja derecha, lo que hace que él la acerque para darle un beso y luego otro.

¿Se puede ser más afortunada? Aún le quedan cuatro días más leyendo, tomando el sol y bañándose en la piscina de agua turquesa. Cuatro días más de pura felicidad.